

EL CASTRO DE LA ANTIPARED (MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA, SEGOVIA): EN LA FRONTERA DE LA CELTIBERIA

FERNANDO LÓPEZ AMBITE

RESUMEN:

En el presente trabajo se pretende definir la difusa frontera occidental de la Celtiberia en la Primera Edad del Hierro. Para ello se estudian los restos materiales del castro de La Antipared, en el valle del Riaza, su ubicación y superficie, sus defensas y, sobre todo, los restos de su necrópolis, de finales del siglo VI o siglo V a.C. Estas características lo ponen en relación con otros yacimientos similares del centro y este de la provincia de Burgos, con los que posiblemente formarían una subregión dentro de la Celtiberia.

ABSTRACT

The aim of this paper is to define the vague western border of the Celtiberia in the First Iron Age. This is achieved by studying the material rests from the hill-fort of La Antipared, in the Riaza valley: its location and area, its defences and, mainly, the rests of its necropolis, from the end of the 6th or 5th century B.C. These traits link this place to other sites in the central and eastern part of Burgos province, and all together it would probably form a subarea within the Celtiberia.

Uno de los problemas más complejos en el ámbito de la protohistoria peninsular es la identificación de los pueblos prerromanos a los que se refieren las fuentes escritas y las diferentes culturas arqueológicas que existen en el ámbito de la Meseta Norte, así como su delimitación geográfica (Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 472-475; Delibes y Romero 1992: 233); este problema aún es más complicado si nos referimos a la primera Edad del Hierro en vez de a la segunda, máxime si tenemos en cuenta la movilidad y el expansionismo que caracteriza al grupo celtibérico ⁽¹⁾ (Ruiz

Zapatero y Lorrio 1999: 22 y 28, figura 23). En este sentido, una de las fronteras más difusas es la que separa el grupo vacceo del arévaco, por la existencia de un amplio territorio de difícil adscripción entre la Roa vaccea, con poblamiento de El Soto, por un lado (Sacristán 1986a: 249-258), y Clunia a 50 km. aproximadamente en línea recta, Langa a 45 km., y Ayllón a 55 km. o Tiermes a 75 km. (Sacristán 1989: 81; Barrio 1990a: 273 y ss.; Argente et alii 1992a: 538-539; Zamora 1993: 50-51 y 195-196; Sacristán 1994: 144; Jimeno y Arlegui 1999: 112; Lorrio 1997: 41 ⁽²⁾; Burillo 1998: 187-190 y 203; figura 57; Barrio 1999a: 127-128; Barrio 1999b: 182-183; Heras 2000: 212-213 y 220-221), todos estos yacimientos con poblamiento desde la primera Edad del Hierro, salvo quizá Langa y Clunia ⁽³⁾. Parece que esta frontera de la segunda Edad del Hierro podría existir desde el primer Hierro (Sacristán et alii 1995: 363).

Sacristán no cree que el territorio vacceo llegase al Sistema Central y sus estribaciones, como son la Sierra de Ayllón y la Serrezuela de Pradales, ya que se trata de un terreno geográficamente diferente al de las llanuras sedimentarias del centro de la cuenca del Duero, propio de El Soto y el mundo vacceo, por lo que la frontera entre Roa y Langa de Duero iría, más o menos, por la zona de Aranda de Duero, quedando la zona nordeste de la provincia de Segovia, al igual que su piedemonte, como territorio incierto, aunque posiblemente arévaco (Sacristán 1986a: 105-106, figura 7; Sacristán et alii 1995: 365). Para Barrio, sin embargo, la frontera seguiría el curso del Duratón, como ya había señalado Wattenberg (Wattenberg 1959: 57-58, figura 7), pero, en contra de éste, para aquél llegaría hasta la cumbre de la sierra basándose en los hipotéticos territorios de captación de los yacimientos (Barrio 1999a: 43-44, figura 5). Quizá la separación habría que buscarla más en algunos de los interfluvios que separan los ríos segovianos, que en la propia línea del Duratón, al igual que ocurre en el mundo vacceo (Sacristán 1989: 84-86). En este sentido, la existencia de una serie de yacimientos en el valle del Duratón, entre ellos una necrópolis celtibérica en Sepúlveda de finales del IV o principios del III a.C. y quizá otra en Los Sampedros, de similar cronología (Barrio 1999a: 73-79 88-89 y 190), podría indicar un límite entre el Duratón arévaco y el Eresma vacceo, o al menos en su tramo inferior, con yacimientos como El Tormeión o Coca, no siendo unánime la atribución de Segovia capital ⁽⁴⁾; y entre Sepúlveda y Cuéllar (Barrio 1999a: 42, fi-

(1) Para la definición del término celtibérico y de Celtiberia nos remitimos a Ruiz Zapatero y Lorrio 1999: 22-24.

(2) Quiero expresar mi agradecimiento por D. Alberto Lorrio que leyó este trabajo y cuyas aportaciones han sido fundamentales para la redacción final del mismo, así como por D. Jorge Soler quien me ayudó en la realización de las láminas.

(3) Existen indicios de ocupación del primer Hierro en Clunia, en un cerro cercano (Abásole y García Rozas 1980: 79-81), aunque para otros autores estos datos son muy escasos y hay que tomarlos con cierta reserva (Sacristán 1994: 141 y 144). En todo caso hay en esta zona una serie de yacimientos de la 1.ª Edad del Hierro bien atestiguados, como Solarana o Pinilla de Trasmonte, ésta con una necrópolis sin armas (Sacristán 1994: 145; Moreda y Nuño 1990: 176), como de momento la de La Antipared.

(4) No está clara la adscripción de Segovia capital dentro de unos de los dos pueblos prerromanos. Para algunos autores, pertenecería a los vacceos, según lo propuesto por Taracena (Taracena 1954: 200) y Schulten (Schulten 1914: 134,) basándose en un texto de Livio discordante con otros de Ptolomeo y

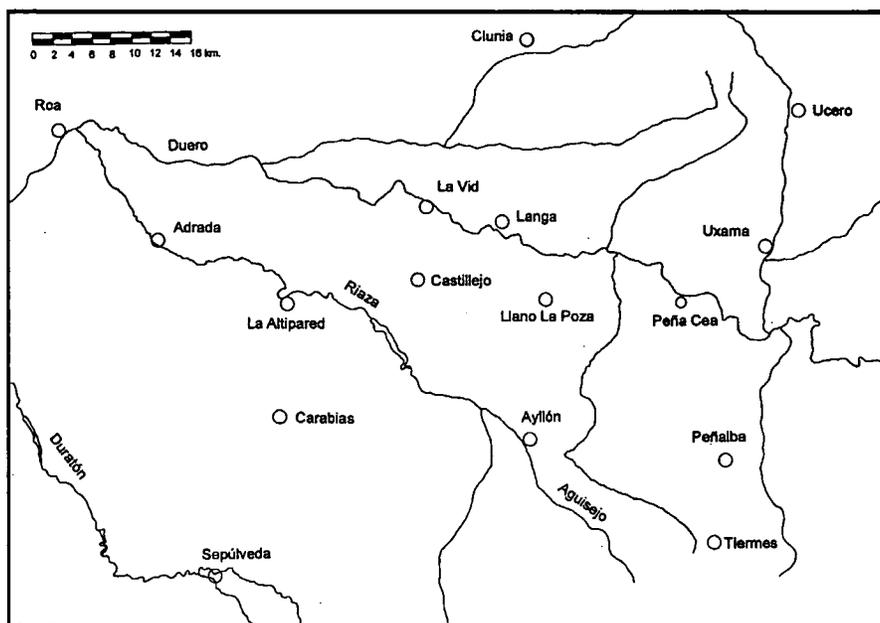


Figura 1. Mapa con los principales yacimientos mencionados en el trabajo: Provincia de Burgos: Roa, Adrada de Haza, Clunia; provincia de Segovia: La Antipared (Montejo de la Vega), Carabias de Pradales, Sepúlveda, Ayllón; provincia de Soria: Castillaejo de Robledo, La Vid, Langa de Duero, Tiermes, Peñalba (Hoz de Abajo), Llano La Poza Arenal II (Miño de San Esteban), Uxama, Ucero, Peña Cea (Olmillos).

gura 5; Blanco 1999: 81 y ss.; Conte y Fernández 1993: 100-108), en este caso separadas por los arenales de las tierras de pinares, con escasos núcleos de población incluso hoy en día; en toda esta amplia región, apenas existen indicios de asentamientos de la Edad del Hierro en Torreiglesias, en el valle del río Pirón (Barrio 1999a: 120-123). Aunque, por otro lado, este vacío de poblamiento podría deberse a razones puramente arqueológicas.

También Lorrio incluye el sector nordeste de la provincia de Segovia en la Celtiberia, refiriéndose a Ayllón como necrópolis celtibérica, desde su primera etapa, en el siglo VI a.C. (Lorrio 1997: 262, figura 111), aunque para otros autores se considera su ubicación marginal dentro de las necrópolis del Alto Duero (García Soto 1990: 16). En cuanto a los límites, Lorrio sigue a Sacristán (Lorrio 1997: 287), lo mismo que hace Burillo (Burillo 1998: figura 57).

Plinio (en Sacristán 1986a: 105-106 y Barrio 1999a: 43-44). Sin embargo, para otros, como Lorrio, la cita de Livio es demasiado general y aducen a favor de una adscripción arévaca, por ejemplo, la acuñación de moneda, que aunque tardía, resultaría en principio algo anómalo en el mundo vacceo (Lorrio 2000: 112 y 140-143).

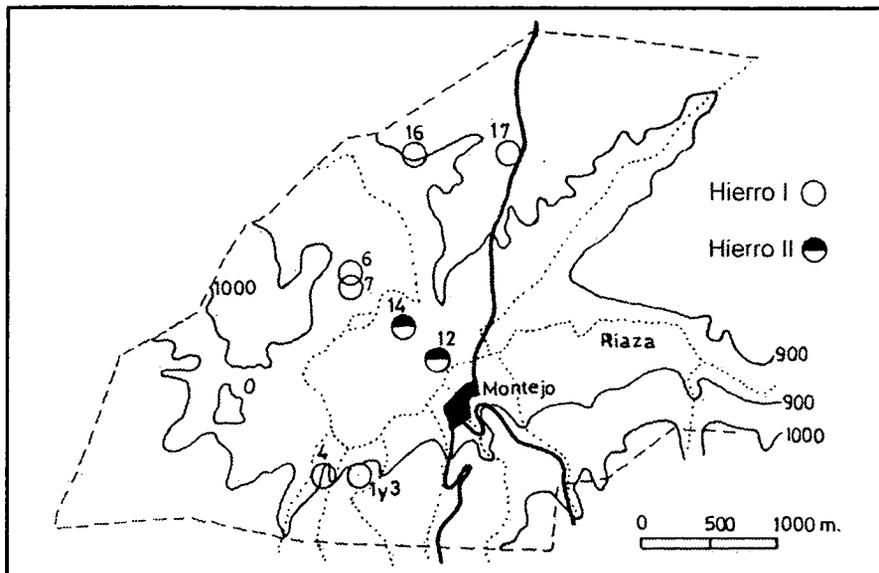


Figura 2. Término de Montejo de la Vega de la Serrezuela: yacimientos.

Por tanto, según la mayoría de estas propuestas, La Antipared quedaría dentro de la zona arévaca. Sin embargo, a la hora de definir este yacimiento, al igual que el cercano de Adrada de Haza, en el tramo burgalés del Riaza, Sacristán lo identifica como una cultura afín a la de El Soto, extrañándose de las diferencias con el cercano yacimiento de Roa (Sacristán 1986a: 44-45).

DESCRIPCIÓN

El castro de La Antipared⁽⁵⁾ (sigla MVS-1) se asienta en las estribaciones del macizo calcáreo de Sepúlveda, dentro del afloramiento de Pradales, que en esta parte del río Riaza ha perdido ya altura (altitud media de unos 1.000 m.), y que desaparece en la zona de Maderuelo; estas estribaciones han sido modeladas por la red fluvial, que forma profundos cañones que, a su vez, delimitan una serie de lenguas cortadas que dominan el valle del Riaza (Tejero de la Cuesta 1988: 37-38 y 62-63; Bodoque y Chicharro 1999: 5-6). El yacimiento, una lengua amesetada apta para un asentamiento humano, se encuentra limitado al norte por el río Riaza (a unos 150 m.), al oeste por el Barranco de Valdepardebueyes (a unos 100 m.) y al este por otro barranco también de dirección sudoeste-nordeste (a unos 30 m.), como el anterior, formando todos ellos fuertes laderas en cuya parte superior aflora la roca caliza, dando

(5) En la bibliografía también aparece el término Altipared (Sacristán 1986a: 44; Barrio 1999a: 148); nosotros preferimos utilizar el que aparece en el M.T.N. 1:25.000.

lugar a cortados que suponen una defensa infranqueable. Por tanto, se puede considerar al castro de La Antipared como un yacimiento en escarpe, aunque también participa de las características de yacimiento en espigón fluvial, porque han sido el Riaza y sus dos afluentes los que han tajado la roca individualizando el yacimiento, formando un tipo de asentamiento similar al de alguno de los castros de la serranía soriana (Romero 1991: 192-193). También se puede considerar de borde de páramo en espigón o tipo A3 de Sacristán, lo cual le acerca a algunos poblados de El Soto (Sacristán et alii 1995: 344), como los que predominan en los Montes Torozos (San Miguel 1993: 26), ya que aunque el emplazamiento no es estructuralmente un páramo, si presenta parecidos con esta forma de sedimentación terciaria, al haber sufrido el macizo calcáreo procesos de erosión postmiocénica que los páramos; de ahí su concordancia en cuanto a altitud y configuración con los páramos de Maderuelo o Ayllón, por ejemplo (Tejero de la Cuesta 1988: 37). Esta ubicación en espigón y escarpe es similar a la del cercano yacimiento de Adrada de Haza, que también parece que estuvo amurallado (Sacristán y Ruiz Vélez 1985: 188).

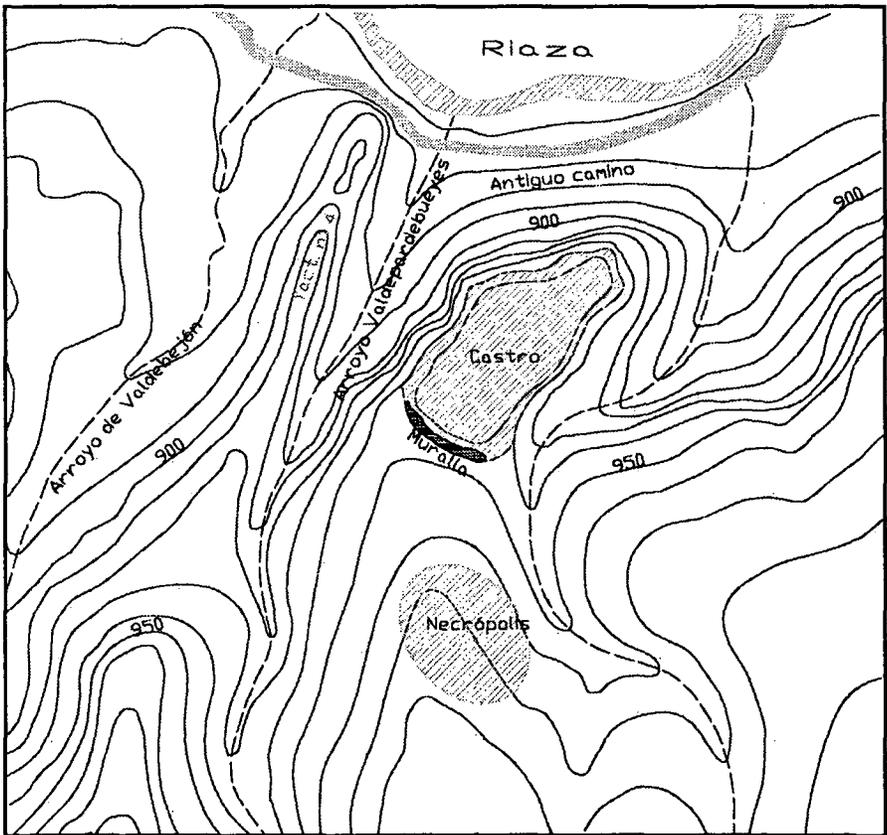


Figura 3. Croquis del yacimiento de La Antipared y su entorno.

La altitud del yacimiento se sitúa entre las cotas de 940 y 950 m., inferior a la de los castros sorianos (Romero 1991: 190), similar a la de poblados del centro-sur del Alto Duero (Revilla y Jimeno 1986-87: 87-88; Heras 2000: 212-213), y a los de la zona oriental de la provincia de Burgos (Abásolo y García Rozas 1980: 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez 1985: 188) y superior a los de El Soto de la zona de Valladolid (San Miguel 1993: 22, figura 2), lo cual viene determinado por la configuración general del relieve. La altura relativa con respecto al río Riaza es de 90-100 m., un desnivel frecuente en los castros sorianos, pero menos frecuente entre los poblados celtibéricos o en los poblados de El Soto de borde de páramo (Romero 1991: 190; Lorrio 1997: 66; San Miguel 1993: 26-27). Al sur-sudoeste, tras salvar una pequeña vaguada que individualiza el lugar del yacimiento, el terreno asciende hasta una serie de cumbres, en torno a los 1.000-1.100 m., que dominan el castro. Esta disposición de un yacimiento en un lugar elevado y estratégico, pero dominado por elevaciones superiores es frecuente tanto en los castros sorianos (Romero 1991: 197), en los burgaleses (Abásolo y García Rozas 1980: 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez 1985: 188), como en algunos casos en los poblados del centro y sur de Soria, cuando no se asientan sobre cerros aislados (Borobio 1985: 329-330; Pascual 1991: 262, figura 145).

En cuanto a la ubicación, se trata de un emplazamiento estratégico, que controla el camino natural de los ríos Riaza y Aguijoso, que comunica el Valle del Duero, cerca de Roa, con el piedemonte de la Sierra, con yacimientos como Ayllón o Tiermes (Sacristán et alii 1995: 365; Barrio 1999a: 51 y 61-63; figuras 6 y 8). Junto a esta vía natural existiría otra que enlazaría con los núcleos al noreste de Montejo (Castillejo de Robledo, La Vid, Langa y, más alejado, Clunia), con los del sur (Carabias de Pradales y Sepúlveda) (Jimeno y Arlegui 1995: figura 1B; Lorrio 1997: 41; Burillo 1998: 187-190 y 203; figura 57; Barrio 1999a: figura 8; Heras 2000: 212-213, 217 y 224), que probablemente coincidiría con la posterior vía romana que unía Clunia con Segovia y de la que quedan restos de los tajamares de un puente romano a unos 5 km. del castro, así como restos romanos a lo largo de esta vía; esta vía conectaría con la de Roa-Segovia probablemente a través de Milagros, Hontangas y Adrada de Haza (Abásolo 1975: ver plano; Abásolo 1978: 47-48 y 50-51; Conte y Fernández 1993: 144, figura 45; Barrio 1999a: 61-62; Fernández et alii 2000: 182-183).

El aprovisionamiento de agua se realizaría en los cursos de agua ya referidos que delimitan el yacimiento, aunque las distancias allí expresadas son en línea recta, por lo que las reales que tuvieron que recorrer los habitantes del castro tendrían que ser como poco el doble para poder salvar los cortados que rodean el yacimiento. Hoy en día los dos barrancos sólo presentan agua en los meses más lluviosos, pero los estudios sobre el clima durante la primera Edad del Hierro parecen constatar un clima similar al actual o algo más frío en el siglo VI y primera mitad del V a.C., con más cobertura vegetal, salvo en los entornos de los yacimientos, un mayor caudal de los ríos y mayores alturas en los niveles de agua (Delibes et alii 1995c: 564-565; Romero y Ramírez 1999: 455-456 y 461; Ibáñez 1999: 26-28). Esta mayor

cantidad de humedad permitiría la existencia de manantiales, sobre todo por la propia configuración del terreno, lugares de abastecimientos más apropiados que los alejados cauces, como ocurre en otros yacimientos segovianos (Blanco 1999: 83-85); esta existencia de manantiales ha debido de ser tan importante que esta zona es conocida también con el nombre de Las Fuentes. Por todo ello, al igual que en los castros sorianos, el acceso al agua no debió ser demasiado complicado para sus pobladores (Romero 1991: 197)

La superficie del castro de La Antipared es de 3,25 ha., con una forma subtriangular y unas dimensiones máximas de 300 m. de largo por 150 m. de ancho. Esta superficie es bastante superior a la de los castros sorianos, en general inferiores a una hectárea, salvo Castilfrío de la Sierra, que es algo mayor (Romero 1991: 198; Romero y Jimeno 1993: 202), por lo que estaría más en consonancia con los poblados del sudoeste de Soria, con superficies de 3,2 y 8 ha., junto a otros más pequeños (Heras 2000: 212-213 y 216); también con los de la comarca de Almazán, con yacimientos de 2 y 5-6 ha., o con los del sudeste de la provincia de Soria con 3, 6 y 10 ha., también junto a otros más pequeños (Jimeno y Arlegui 1995: 103-104). Por último, también estarían en relación con los poblados de El Soto del centro de Valladolid, con superficies entre 1 y 5 ha. excepto tres que superan las 10 has, aunque éstos no están exentos de problemas de interpretación (San Miguel 1993: 30).

MURALLA

Si por el norte, este y oeste el castro estaba suficientemente defendido por los cortados de la roca, lo que demuestra un carácter defensivo propio de los castros de la primera Edad del Hierro (Lorrio 1997: 71), por el sur o sudoeste sólo lo separa de las alturas colindantes una pequeña vaguada. Es en este punto donde se levantó una muralla que cerraba un único recinto, algo que es frecuente en el Alto Duero, en lugar de varios recintos como por ejemplo en la Meseta sudoccidental (Romero 1991: 201; Lorrio 1997: 71), aunque parece que estos esquemas podrían ser más modernos de lo que se pensaba, a partir del siglo IV a.C., con algún ejemplo algo más antiguo (Álvarez-Sanchís 1999: 160 y 164). Este esquema de castro parcialmente cerrado por una muralla, tan sólo en la parte más vulnerable, es común en los castros de la serranía soriana, sobre todo en los de espigón, como por ejemplo en el castro del Zarranzano, con un esquema muy parecido al de La Antipared (Romero 1991: 201, figura 12) o en los castros burgaleses (López Monteverde 1958: 191-193; Abásolo y García Rozas 1980:11-12).

La muralla tiene una dirección noroeste-sudeste y una longitud de unos 120 m.; la altura máxima conservada es de 3-3,50 m., mientras que la anchura del derumbe oscila entre los 4 y 5 m. Las murallas de los castros sorianos tienen un grosor a lo largo de su recorrido de entre 2,5 y 6,5 m., con alturas conservadas entre 2,5 y 3 m y que Romero calcula que debieron tener entre 3,5 y 5 m. (Romero 1991: 204-205); una anchura similar tienen los castros burgaleses (Abásolo y García Rozas 1980: 11-12).

Se construyó a base de piedras calizas de la zona, de pequeño tamaño y sin trabajar, formando dos paramentos rectos, como en los castros de El Royo o Zarranzano, de hiladas discontinuas y un interior a base de piedras y tierra, sin que se haya detectado en La Antipared refuerzos internos en el muro (Romero 1991: 203) o paramentos de refuerzo (Abásolo y García Rozas 1980: 11-12).

Normalmente la muralla constituye la defensa principal y en ocasiones la única identificada (Abásolo y García Rozas 1980: 11-12; Romero 1991: 200; Lorrio 1997: 71). Tampoco en el caso de La Antipared se ha podido determinar con seguridad la existencia de otros elementos defensivos, como torreones, piedras hincadas o fosos. En relación con este último elemento defensivo, la falta de afloramientos calizos frecuentes en toda la zona, justo delante de la muralla y en paralelo a la misma, en una zona rehundida, se podría relacionar con la posible existencia de un foso, aunque sin poderse determinar con absoluta certeza. Foso que no tendría por qué tener la entidad de los de la segunda Edad del Hierro (Lorrio 1997: 88), sino que podría tener las características de los fosos de los castros sorianos, que no parece que sean muy profundos, consistiendo la mayoría de las veces en un rebajamiento del suelo (Romero 1991: 209).

Otro elemento de difícil constatación en las derrumbadas murallas de la primera Edad del Hierro es la existencia de torres a partir de ensanchamientos de la muralla; éstas también pueden deberse a posibles derrumbes, aunque parece que hay constancia de torres en castros de la serranía como el de Cabrejas del Pinar y en El Royo (Romero 1991: 205-206), que otros autores consideran más modernos (Jimeno y Arlegui 1995: 105), y sobre todo, Valdeavellano de Tera (Romero 1991: 205-206). También en Montejo de la Vega, en su parte oriental, hay alguno de estos ensanchamientos de difícil interpretación. En todo caso es a partir del siglo V a.C. cuando se hacen más frecuentes los torreones en los poblados celtibéricos, ya de planta rectangular, así como otros elementos defensivos (Lorrio 1997: 274), fecha en la que parece que se abandonó el castro.

En cuanto a otro de los elementos defensivos, las piedras hincadas, también resulta difícil determinar si los numerosos amontonamientos de piedra delante de la muralla no se deben a las remociones modernas. Un dato a favor de considerar su existencia, si se confirmase el foso, es la asociación en los castros sorianos de fosos siempre con piedras hincadas (Romero 1991: 200 y 209 y ss.)

Por último, el acceso parece que estaría en el lado oriental de la muralla, donde se aprecia una interrupción en el lienzo, lo que daría lugar a una puerta simple (Romero 1991: 208; Lorrio 1997: 84), aunque más al este aparece una especie de entrada en esviaje, como en Valdeprado (Romero 1991: 208), con una posible rampa de acceso, donde la ladera que acaba en cortado comienza a empinarse, lo que aumentaría las posibilidades defensivas de la misma, algo que, por ejemplo, ocurre en Cabrejas del Pinar o El Royo (Romero 1991: 208-209); de todas formas, no se puede determinar con claridad, porque en esta zona también se produjeron remociones por la maquinaria de reforestación y resulta extraño que la muralla contase con estos dos tipos de acceso en su zona oriental.

En definitiva, vemos como la muralla del castro de La Antipared y los otros posibles elementos defensivos se relacionarían tanto con los de los castros sorianos de la serranía, a pesar de su distancia geográfica, como con los más cercanos castros burgaleses. Se considera que este tipo de arquitectura defensiva, surge en torno a los siglos VI y V en las serranías del norte de Soria (Lorrio 1997: 71), aunque también se ha podido comprobar una expansión de esos castros sorianos hacia el centro de la provincia (Borobio 1985: 180-181; Pascual 1991: 262-263) y es una de las características que mejor definen este grupo serrano, junto a los emplazamientos en altura (Romero 1991: 363-365; Romero y Jimeno 1993: 206; Romero y Misiego 1995a: 71-72). Algo similar ocurre con los castros de la serranía burgalesa, o “castros de altura”, que también se extienden hacia la cuenca sedimentaria, en torno al río Duero (Abásolo y García Rozas 1980: 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez 1985: 188) y con los que muestra mayores paralelos el yacimiento de Montejo de la Vega.

Por otro lado, la altitud sobre la que se asienta La Antipared y, sobre todo, su extensión, lo acercaría a los poblados del centro y sur de Soria, así como la cercanía con ellos. Sin embargo, en estos poblados no se han constatado las mismas preocupaciones defensivas que en los castros del norte (Revilla y Jimeno 1986-87: 87-88; Romero y Jimeno 1993: 206; Romero y Misiego 1995a: 72; Jimeno y Arlegui 1995: 103-105), por lo que se han barajado una serie de hipótesis para explicar estas diferencias en grupos que para algunos autores son muy afines (García-Soto 1990: 30; Romero y Ruiz Zapatero 1992: 113; Romero y Jimeno 1993: 208; Romero y Misiego 1995a: 73; García-Soto y de la Rosa: 1995: 84), mientras que otros destacan más sus diferencias (Revilla y Jimeno 1986-87: 100-101). En general se admite que serían los motivos económicos los que determinarían su construcción en los poblados de la serranía (Romero y Ruiz Zapatero 1992: 113; Romero y Jimeno 1993: 208; García-Soto y de la Rosa 1995: 91); para Lorrio, sin embargo, podrían estar en relación con la ausencia de murallas en los poblados del centro y sur de la provincia, a los que se debe asociar la primera fase de las necrópolis celtibéricas, en donde lo característico es la rica panoplia guerrera, propia de una sociedad también guerrera, que presumiblemente sería la responsable de los pillajes de la zona norte, de ahí que allí levantarán murallas; todo ello implica un carácter unidireccional de las incursiones (Lorrio 1997: 269).

En todo caso, también aparecen murallas y a veces fosos en el centro y sur de Soria, por ejemplo en Alepud (Revilla 1985: 204) y en el sudoeste, con yacimientos como Peñalba y Peña Cea (Heras 2000: 212-213). Quizá la falta de murallas en toda esta zona sur de la provincia tenga que ver con la pérdida de información, bien porque se trataría de murallas hechas en materiales menos visibles (adobe, madera), bien por tratarse de yacimientos accesibles desde la llanura, lo que ha permitido el aprovechamiento de la piedra para construcciones posteriores. Hay que recordar cómo muchos de estos yacimientos, aparte de encontrarse cerca de poblados actuales, se cultivan en la actualidad (Revilla 1985: 330; Revilla y Jimeno 1986-87: 87), por lo que es posible que haya tenido lugar un desmantelamiento de las murallas o su enmascaramiento por las labores agrícolas, o las dos cosas. Esta misma hipótesis se ha señalado para los castros de las comarcas sedimentarias burgalesas, que no siem-

pre conservan sus murallas, pero sí se tienen indicios para suponer que existieron (Abásolo y García Rozas 1980: 12). En todo caso, la mayoría de los autores que han estudiado los yacimientos sorianos están de acuerdo en que se trata de yacimientos con un fuerte carácter defensivo (Revilla 1985: 329; Revilla y Jimeno 1986: 87-88; Pascual 1991: 262; Morales 1995: 287; Romero y Jimeno 1993: 206; Romero y Misiego 1995a: 72; Jimeno y Arlegui 1995: 103-105), a lo que hay que sumar la información sobre una sociedad guerrera que ofrecen las necrópolis; por todo ello extraña esta falta de defensas en estos poblados (García-Soto 1990: 24-25; Lorrio 1993: 296 y 308; Lorrio 1997: 280).

También se ha podido constatar recientemente, a través de trabajos de prospección y de estudio de fotografía aérea, la existencia de murallas en algunos yacimientos de El Soto en el centro de la Cuenca, lo que ha venido a corroborar que el ejemplar bien conocido de la muralla de El Soto I,2, que cerraba un poblado de dos hectáreas, no era un caso aislado (San Miguel 1993: 29; Delibes et alii 1995a: 63). En todo caso, no parece que se trate de un fenómeno generalizado, ya que sólo seis de los yacimientos parecen que sí tuvieron defensas de adobe de la primera Edad del Hierro, pudiendo tener el resto una explicación diferente: bien anomalías naturales del terreno, o bien construcciones de la segunda Edad del Hierro o incluso medievales (San Miguel 1993: figura 2; Delibes et alii 1995a: 63).

En conclusión, creemos que la muralla del castro de La Antipared, con claros paralelos con el alejado grupo castreño soriano, y con el mucho más cercano grupo burgalés, no debería ser un caso aislado, sino que estaría dentro de un contexto común de amurallamientos de la primera Edad del Hierro en todo el Alto y, quizá, Medio Duero, muy mal conservados en su mitad sur, salvo en la zona burgalesa, y que la falta de excavaciones impide descubrir⁽⁶⁾; si a ello unimos la información de las necrópolis, tendríamos unas sociedades inmersas en una fuerte conflictividad, cuyo origen, aparte del control de determinados recursos, podría estar en la concentración de la población en unos núcleos concretos y el control de un amplio territorio de aprovechamiento exclusivo.

En el caso de que no se confirmase esta hipótesis, quizá la potente muralla levantada junto al Riaza esté señalando un yacimiento de frontera, al igual que ocurre en otros castros burgaleses, enfrentado a otro grupo cultural diferente, como es el grupo de El Soto de las campiñas del Duero Medio, con menor preocupación defensiva⁽⁷⁾, grupo que cuando se fortifica, lo hace con murallas de adobe.

(6) Elementos defensivos similares a los castros se han documentado en lugares tan alejados como en el castro de Castilviejo de Guijosa, en Guadalajara, que, aun con problemas, se han relacionado con el grupo de la serranía soriana (Romero y Misiego 1995a: 74-75; Cerdeño et alii 1995: 160-161 y 171-172). Hoy en día se conocen más ejemplos de amurallamientos en el Alto Tajo- Alto Jalón, en algún caso con elementos similares a los de La Antipared (Cerdeño 1999: 77).

(7) Por ejemplo, en la cercana Roa no se han constatado murallas ni de la primera ni de la segunda Edad del Hierro (Sacristán 1986a: 145); parece que el cercano castro de Adrada de Haza, a unos 15 km., está amurallado y presenta una cultura material similar al de La Antipared, con el que estaría estrechamente relacionado, por lo que posiblemente pertenecerían al mismo grupo cultural (Sacristán y Ruiz Vélez 1985: 188; Sacristán 1986a: 44-45; Sacristán 1986b: figuras 1 y 2).

Otra característica que acerca La Antipared con el centro y sur de la provincia de Soria y la zona oriental de Burgos y lo aleja de la cultura castreña soriana, es la existencia de una jerarquización en el hábitat (Sacristán 1994: 144-145; Jimeno y Arlegui 1995: 104; Lorrio 1997: 67-68), frente a la homogeneidad del poblamiento en el grupo castreño, explicado con relación al tipo de sociedad de este Hierro I: pequeñas comunidades parentales de carácter autónomo para las que cabría suponer un tipo de entidad de integración superior, que desde Taracena se identifica con el pueblo de los Pelendones (Taracena 1933: 393 y ss.; Jimeno y Arlegui 1995: 103; Lorrio 1997: 276).

Esta falta de jerarquización parece que también se da entre los asentamientos de El Soto según algunos autores (Sacristán 1989: 83; Sacristán 1995: 372), aunque quizá la fuerte concentración de la población a partir del siglo V o del IV a.C. (San Miguel 1993: 59; Sacristán et alii 1995: 358; Delibes et alii 1995a: 89; Sanz Mínguez 1997: 505) esté indicando unas relaciones más estrechas entre diferentes yacimientos que no tienen por qué ser igualitarias, máxime si tenemos en cuenta la disparidad de tamaños, con algunos poblados en el centro de la cuenca que superan las 10 ha., y las concentraciones de pequeños grupos de yacimientos, como máximo 6, con intervisibilidad recíproca, la existencia de yacimientos con preocupaciones defensivas frente a otros que no las tienen, o la existencia de pequeños poblados en llano o ladera (San Miguel 1993: 27 y 30). Tampoco está clara la existencia de jerarquización en el posterior mundo vacceo, con posturas encontradas a favor (San Miguel 1989: 93; San Miguel 1993: 33; San Miguel 1995: 374-375) o en contra (Sacristán 1988: 83; Sacristán 1995: 370; Sacristán et alii 1995: 362).

En este sentido, se han documentado una serie de yacimientos alrededor del castro de La Antipared, los tres primeros seguros y los otros posibles, ya que el material recogido no era muy significativo en estos últimos:

Yacts.	Hierro I	Distancia al castro	Superficie	Observaciones
MVS 4	Sí	200 m.	1 ha.	En escarpe; la parte habitada es menor a la hectárea.
MVS 6	Sí	1,5 km.	1,5 ha.	En llanura; material muy disperso.
MVS 25	Sí	3 km.	2.000 m ² .	En cerro.
MVS 7	¿?	1,5 km.	2.000 m ² .	En llanura.
MVS 16	¿?	2,5 km.	2 ha.	En borde de páramo y pendiente; material muy disperso.
MVS 17	¿?	2,5 km.	4.000 m ² .	En colina.

Todos ellos, salvo el yacimiento núm. 4 se encuentran junto a tierras de labor, tanto de vega (6, 7, 25), como de secano (16 y 17) y además, los yacimientos núms.

4, 6 y 7 son visibles desde el castro. Por último, en cuanto a la superficie, en los tres yacimientos que superan la hectárea aparecía el material muy disperso, debido probablemente a la erosión (núm. 4) o a las labores agrícolas (núm. 6 y sobre todo el 16), por lo que no parece que reflejen una superficie real de los mismos, que sería mucho menor. Por todo ello, parece que serían pequeños poblados dependientes del castro, que, en general, explotarían los recursos de la vega.

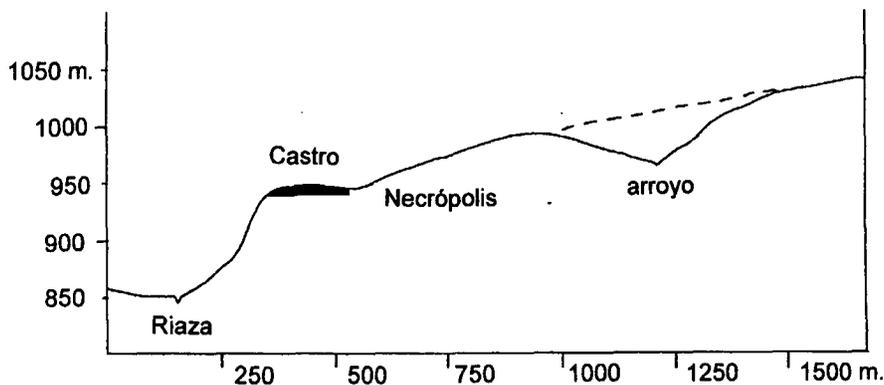


Figura 4. Corte topográfico del yacimiento de La Antipared sobre el M.T.N. 1: 25.000.

NECRÓPOLIS

Si las características arriba señaladas relacionarían el castro de La Antipared con los poblados del centro y sur del Alto Duero y los de las campiñas burgalesas, la constatación de una necrópolis de incineración confirmarían plenamente esta vinculación, ya que se trata de uno de los elementos que mejor delimitan el territorio celtibérico (Lorrio 1997: 261); en este sentido, es importante destacar la existencia de necrópolis de incineración en el este de la provincia de Burgos (López Monteverde 1958: 194-199; Moreda y Nuño 1990: 176-178), por la vinculación de La Antipared con esta comarca; por el contrario, no se han constatado en el grupo castreño de la serranía (Romero y Jimeno 1993: 205; Romero y Misiego 1995a: 71), ni en El Soto (Delibes et alii 1995a: 77-78), donde las primeras necrópolis ya vacceas parecen de finales del V o principios del IV a.C. (Delibes et alii 1995a: 88 y 91).

En la prospección de 1991 (Del Barrio et alii [1991]: 40) se encontraron fragmentos de cerámica a mano muy dispersos y se señaló ya la posibilidad de que se tratase de la necrópolis del poblado, aunque la maleza que recubría esta ladera, así como el raquíutico pinar repoblado y su barrujo impedía documentar mejor este yacimiento. Será en 1999 cuando se documente con seguridad la función funeraria de este espacio, al encontrarse los restos de una tumba que debió quedar al descubrir-

to durante las labores de repoblación forestal que se llevaron a cabo a principios de los años 80.

Se ubica al sur del yacimiento, a unos 150 m. sobre la ladera de una elevación que domina el castro, desde el que es perfectamente visible el cementerio, lo cual es normal en las necrópolis celtibéricas, situadas a menos de 1,5 km. de sus poblados y sobre todo entre 150 y 300 m. (García Soto 1990: 19; Lorrio 1997: 111); se encuentra entre las cotas de 950-980 m., limitada por los mismos barrancos que el castro. Su ubicación en la ladera de un relieve elevado no es el más frecuente, ya que se prefieren las vegas (García Soto 1990: 19; Lorrio 1997: 111), como el caso de la vecina Ayllón (Barrio 1990a: 273 y ss.; Barrio 1999a: 129 y 140; Zamora 1993: 47-51); aunque también existen necrópolis en lugares escarpados, como el caso de La Picota, en Sepúlveda (Conte y Fernández 1993: 105-106; Barrio 1999a: 89). Lorrio destaca también el que suelen estar cerca de fuentes de agua, lo que podría implicar una serie de rituales de tránsito en los que el agua jugaría un papel fundamental (Lorrio 1997: 111; Cerdeño 1999: 73); quizá una explicación más sencilla a la proximidad a fuentes de agua sería la de una preferencia por terrenos sedimentarios cercanos a los poblados, por su cercanía, su control visual y la facilidad para realizar el enterramiento de las cenizas, terrenos que al ser de vega presentan un drenaje natural que hace que siempre haya un curso fluvial en sus cercanías. Así por ejemplo, las cercanas necrópolis de Ayllón o Carratiermes, próximas a cursos de agua, en ningún caso se hallan junto a los respectivos ríos (Barrio 1999a: figura 88; Argente 1994: 287).

Toda la zona presenta multitud de lajas de caliza de diferentes tamaños, levantados por la maquinaria de reforestación; algunas sí pudieron corresponder a estelas funerarias, similares a las que aparecen en algunos cementerios celtibéricos, por ejemplo en Carratiermes o Uceró (Argente y García Soto 1994: 88), pero en todo caso, esta característica no se ha podido determinar todavía. Tampoco se han podido detectar túmulos, lo que parece ser una característica de las necrópolis burgalesas, como parece ser el caso de la cercana Adrada de Haza (Sacristán y Ruiz Vélez 1985: 196 y 204⁽⁸⁾).

AJUAR

El ajuar apareció junto a una de las zanjas de reforestación, agrupado en unos 50 cm², y se componía de un broche de cinturón de escotaduras en dos fragmentos (MVS-3-20), una fíbula de doble resorte (MVS-3-21), cuatro fragmentos de un refuerzo de cinturón de bronce (MVS-3-22), seis fragmentos de un fondo de urna de cerámica a mano (MVS-3-23), un borde de cerámica a mano que podría pertenecer a la urna (MVS-3-24) y varios galbos de cerámica a mano de un posible cuenco (MVS-3-25).

(8) Muchas de las necrópolis que cita son dudosas.

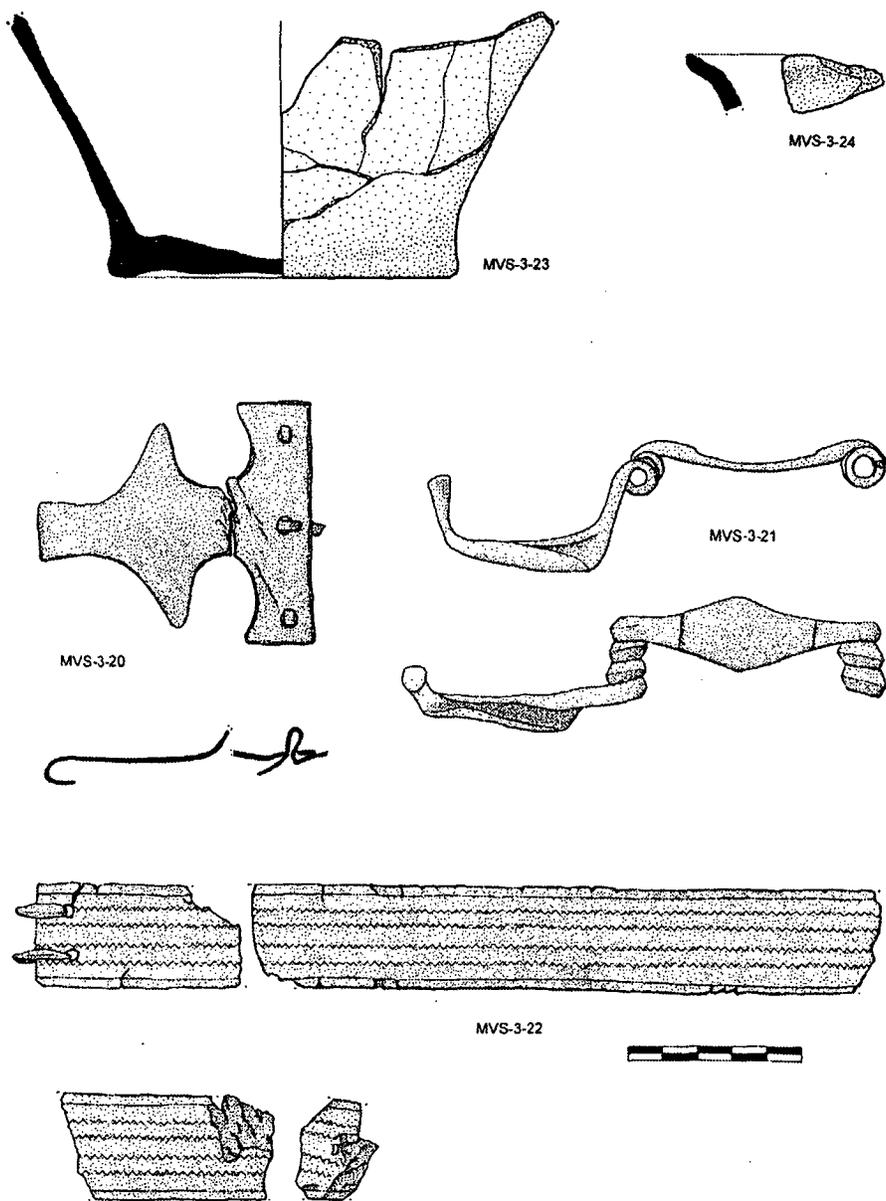


Figura 5. Ajuar funerario.

No se llevó a cabo ningún tipo de remoción, por lo que no se pudo recuperar la aguja de la fíbula, ni otros fragmentos del refuerzo de cinturón o de la urna. El ajuar metálico se encontraba en perfecto estado de conservación, sin apreciarse indicios de oxidación. También se pudo constatar que salvo un pequeño fragmento del refuerzo del cinturón, más deteriorado, no parecía que los elementos de bronce hubieran estado en contacto con fuego.

Este ajuar compuesto de broche y fíbula es un ajuar característico, pero poco significativo para determinar el sexo del incinerado, ya que estos elementos suelen acompañar a los ajuares de guerrero y a los de adornos de bronce (Lorrio 1997: 132-133).

BROCHE DE CINTURÓN

Se trata de una pieza macho de bronce, de talón recto con tres orificios que conservan los corchetes que lo fijaría a la pieza de cuero del cinturón, con escotaduras abiertas de forma oval y con la prolongación de los laterales del broche desde el talón, que tiende a cerrarlas. La pieza apareció partida y doblada en su parte central.

Las dimensiones de la placa macho son aproximadamente de unos 8 cms. de largo por 6,88 cms. de ancho y no presenta decoración.

Los paralelos para la pieza de Montejo de la Vega los hallamos en un broche de Valdenovillos (Cerdeño Serrano 1978: figura 9,2); también, en uno de Almaluez (Domingo Varona 1982: 255, figura 3); en un ejemplar de Aguilar de Anguita que aparece junto a un puñal de frontón exento con fecha del siglo V a.C. (Cabré de Morán 1990: 210 y 213, figura 11); en uno de Carabias, también con una fíbula de doble resorte y espada de antenas (Cabré y Morán 1977: figura 3); y, aunque es menos seguro, en uno de la necrópolis de La Umbría, en el bajo Jiloca, fechado a lo largo de los siglos V al III a.C., pero con elementos también del VI a.C. (Aranda Marco 1992: 108-109, figura 5). Fuera de esta zona, también aparece un ejemplar en Los Villares, Albacete, en este caso decorado, en un tumba que se fecha en la segunda mitad del siglo VI a.C. (Soria y García Martínez 1996: 34, figura 10,7).

Este broche ha sido definido como el tipo CIV1 por Cerdeño, para el que propone una cronología del 550 al 450 a.C. (Cerdeño Serrano 1978: 283 y 284) o como el tipo Carabias, por Parzinger y Sanz, fechado por evolución tipológica entre los de Acebuchal-Agullana y Numancia-Osma (escotaduras cerradas y uno y tres garfios), es decir, en la primera mitad del siglo VI a.C., adelantándose por tanto a la fecha de Cerdeño (Parzinger y Sanz 1986: 172). En la clasificación de Lorrio aparece como B2 y podría tener también una fecha algo más tardía, puesto que su autor lo incluye dentro de su fase IIA del alto Tajo-Jalón, del siglo V a.C. (Lorrio Alvarado 1994: 222, 225-226 y tabla 1; Lorrio Alvarado 1997: 275 y ss.). En definitiva, se trata de un broche con una cronología todavía imprecisa, pero en todo caso antigua dentro de las necrópolis del Alto Duero, que al depender tipológicamente del broche tipo Acebuchal debe fecharse mejor en momentos avanzados del siglo VI a.C. y a lo largo de todo el V a.C., como indican sus paralelos

La dispersión de este broche se concentra en la Meseta Oriental, tanto en el Alto Duero como en el Alto Tajo-Jalón (Cerdeño Serrano 1978: figura 2; Parzinger y Sanz 1986: 172, figura 3), es decir, en el área considerada nuclear de la Celtiberia Ulterior (Lorrio 1997: 43 y 54), lo que de nuevo viene a reforzar el vínculo de La Antipared con esta región.

REFUERZOS DE CINTURÓN DE BRONCE

Se trata de una fina lámina de bronce, con una anchura de 2,9 cms., aproximadamente la mitad del tamaño del talón del broche al que se asocia, por lo que consideramos más que el cinturón mismo, una tira de refuerzo del cinturón de cuero; en este sentido hay que mencionar también que los enganches de la tira de bronce no coinciden con los del talón del broche macho. Tampoco parece un tahalí por las diferencias que presenta con respecto a este tipo de sujeción para la espada o puñal (Filloy 1990), aparte de que en el presumible ajuar completo de Montejo no apareció ninguna arma. En relación con la hipótesis de un origen oriental para los prototipos de los broches de escotaduras ⁽⁹⁾, esta tira podría estar recordando los prototipos orientales de este broche realizados por entero en bronce (Parzinger y Sanz 1986: 176-177 y 183-185).

Presenta decoración a base de líneas incisas continuas en los laterales que marcan cuatro líneas, también incisas, en forma de sierra. Uno de los extremos presenta dos agujeros circulares en los que se conservaban los remaches para fijarlo al cuero del cinturón. El estado de conservación no es bueno, habiéndose encontrado en superficie cuatro fragmentos de distinto tamaño que suman en total 32 cm.

No es frecuente la aparición de estas tiras de bronce asociadas a broches de cinturón, probablemente por los problemas de conservación, unidos a la falta de identificación durante el proceso de excavación; de todas formas se han encontrado ejemplos en Crevillente (González Prats 1983, 176 y 244, figura 39,3), en Coca (Blanco García 1994: 66, figura 20), y en los broches de escotaduras de las tumbas 619, 591, 351, 340, 345 y 302 de Carratiermes (López Ambite, 2001:105).

FÍBULA

El ejemplar encontrado es una fíbula de doble resorte, con el puente romboidal rehundido, sin decoración; tiene cuatro gruesas espiras, de sección triangular, al menos en la parte del pie, ya que no se conserva en la otra parte ni la aguja ni una de las espiras; presenta un pie muy alargado, rematado con un botón de sección circular.

Con estas características se la puede englobar en la serie E de Cabré y Morán (Cabré y Morán 1977: 119-120) o en el tipo 3C de Argente (Argente Oliver 1990:

(9) Para la revisión de las distintas hipótesis, ver López Ambite, 2001:100-102).

256-257; Argente Oliver 1994: 52), cuya dispersión se da fundamentalmente en la Meseta Oriental y con cronología a partir del primer tercio siglo V a.C. (Cabré y Morán 1977: 121) o desde finales del VI hasta todo el siglo V a.C. (Argente Oliver 1994: 57-58; Mapa VI y VII). El paralelo más cercano podría estar en una fíbula de La Olmeda, con un rombo muy marcado (Cabré y Morán 1977: figura 17,5); también en una de Clares, Guadalajara, aunque ésta presenta decoración troquelada y su puente no se haya rehundido, como la de Montejo (Cabré y Morán 1977: figura 14,1; Argente Oliver 1994: 414, figura 80,721). A un momento anterior en el tiempo habría que adscribir las fíbulas del tipo II de la cercana necrópolis de Ayllón, fechadas en el siglo VI a.C. (Barrio 1990a: 278; Barrio 1999a: 132).

Lorrio señala que en la primera etapa de las necrópolis, en el siglo VI a.C., entre los elementos de ajuar aparecen las fíbulas de doble resorte evolucionadas como las de puente oval o rómbico, que también llegan a su fase IIA (Lorrio 1997: 262 y 281).

CERÁMICA

La cerámica que aparece en la superficie del castro está realizada mayoritariamente a mano, con cerámicas finas de superficies cuidadas, a veces con engobes rojizos, y otras de factura más tosca.

Se han recogido bordes rectos o exvasados con digitaciones en el labio, en la arista del labio o debajo del borde. Se trata de formas muy frecuentes en la fase de El Soto avanzado, como por ejemplo en Roa (Sacristán 1986a: 64 y 70, lámina II-IV), y en El Pago de Gorrita, de mediados del VII a principios del V a.C. (Romero 1980: 151-152, figura 3,19); también en los castros sorianos de Castilfrío de la Sierra, Los Castillejos de El Espino, Castillejo de Tañine, Zarranzano, etc. (Romero 1991: figura 9, 8 ó 22; figura 15,4; figuras 36,1, 3 ó 5; figura 52,6; figura 87,88; figuras 28, 3 y 4); o en los poblados del centro y sur de la misma provincia, como en Castillejo de Fuensaúco o en La Corona de Almazán (Romero 1991: figura 88,82; Revilla y Jimeno 1986-86: figura 4). La decoración en estos fragmentos es a base de digitaciones y ungulaciones en el labio, lo que es característico de los castros sorianos (Romero 1991: 294-295, figura 75) y de los poblados del centro y sur de la provincia de Soria (Revilla y Jimeno 1986-87: 100), mientras que la decoración con digitaciones y ungulaciones debajo del borde, aunque aparece esporádicamente, por ejemplo, en los castros sorianos (Romero 1991: 295, figura 75), se considera característica de El Soto avanzado, como en Roa (Sacristán 1986a: 46 y 50, lámina VII) o El Pago de Gorrita (Romero 1980: figura 3,12).

También se han documentado bordes de cuencos semiesféricos, una forma muy frecuente en todos los contextos de la primera Edad del Hierro (Romero 1991: 265-267, figura 73; Sacristán 1986a: lámina VI,1; Revilla y Jimeno 1986-87: 89, figura 2,5). Esta cerámica coincide plenamente con la que presenta Barrio en su estudio del castro (Barrio 1999a: 148-149, figuras 113-119).

En cuanto a la cerámica a torno, durante la prospección de 1991 se recogieron fragmentos de galbo decorados con líneas y bandas de color vinoso similares a los documentados por Sacristán y Barrio; este tipo de decoración aparece en contextos soteños como en Roa, donde podría corresponder con la fase de formación de la etapa celtibérica plena, y parece que son frecuentes en los yacimientos del Riaza, en Adrada de Haza y el propio Montejo de la Vega; estos dos yacimientos sólo presentan esta fase inicial, pero no la plena, como en Roa, al verse truncado su desarrollo por motivos, por el momento, poco claros (Sacristán 1986a: 127; Barrio 1999a: 149, figuras 120-122). También se encuentran en otros yacimientos al sur del Duero (Escudero y Sanz Mínguez 1999: 335 y 339), por ejemplo en La Mota (Seco y Treceño 1993: 163, figuras 7 y 10), Cuéllar (Barrio 1993: 191-192, figura 11) o en el Alto Tajo-Jalón, en la fase celtibérica antigua (Arenas 1999: 302-302, figura 1,C).

También se documentó un fragmento de galbo posiblemente de una vasija con perfil en S, decorada con una estampilla en forma de roseta, similar a otra de Roa procedente de los estratos celtibéricos (Sacristán 1986a: 76-77, lámina XIII,3).

Respecto a la cerámica a mano que acompañaba al ajuar metálico, hay que decir que no tiene una forma muy característica. Son los siguientes fragmentos:

— MVS-3-23: Fondo de urna ligeramente resaltado similar a un fragmento de El Castelar de San Felices o Fuensaúco (Romero 1991: figura 30-24; figura 97,178b). También está presente en la primera fase de Ayllón, del siglo VII a.C. (Zamora 1993: 45-46, figura 7,39).

— MVS-3-24: Borde exvasado y de labio ligeramente apuntado que se puede relacionar con algunos ejemplos de los castros sorianos, como un fragmento de El Royo, aunque en este caso es más inclinado, u otro de Fuensaúco (Romero 1991: 28, 6; 96,481). Un borde similar aparece en Roa (Sacristán 1986a: 64, lámina VII,3-7) y en Montealegre, Valladolid (Herederó 1995: figura 3,13), ambos en contextos soteños. Podría tratarse del borde de la urna MVS-3-23, ya que coincide en cuanto a las características de superficie rojiza y cocción alternante, aparte de que aparecieron juntos.

— MVS-3-25: Nueve fragmentos de galbos de cerámica a mano de cocción reductora y acabado alisado tosco; podría tratarse del cuenco que cubriría la urna.

En general, se aprecia que los paralelos de la cerámica a mano de La Antipared se relacionarían con las áreas limítrofes, lo cual no es raro ya que se viene señalando cómo esta cerámica de la primera Edad del Hierro del centro de la Cuenca del Duero, del Alto Duero, bien sea el grupo castreño, bien el de los poblados del centro-sur, o del Alto Tajo-Jalón, presenta muchas semejanzas (Romero 1991: 287-288; Romero y Jimeno 1993: 206; Delibes et alii 1995a: 67; Ruiz Zapatero 1995: 33-36, figura 6; García Soto y de la Rosa 1995: 89-90; Lorrio 1997: 272). En todo caso, parece que el tipo de decoración, con digitaciones debajo del borde, lo acercaría más al grupo soteño en su fase avanzada con paralelos directos y claros en la misma Roa. Sería el único elemento discordante en una serie de elementos de cultura material que vincu-

laría a la Antipared con los poblados del centro y sur del Alto Duero y que no tiene nada de extraño por la localización fronteriza del yacimiento. En este sentido, hay que mencionar que estas mismas decoraciones aparecen en el núcleo de Ayllón y sus poblados dependientes, a unos 28 km. de distancia.

CONCLUSIONES

Por tanto, si tenemos en cuenta la cronología relativamente antigua del broche de escotaduras, que coincide con la de la fíbula de doble resorte, podríamos fechar esta tumba a finales del VI y a lo largo del V a.C., lo cual no implica que el asentamiento castreño sea algo anterior, ya que si este yacimiento estuviera relacionado con los poblados del centro y sur del Alto Duero, como así parece indicar los paralelos de la ubicación del castro, la muralla y la necrópolis, podría haber surgido desde finales del siglo VII a.C. en adelante (Revilla y Jimeno 1986-87: 100; Romero y Jimeno 1993: 206; Romero y Misiego 1995a: 72). En este sentido, cabe destacar la existencia de formas propias de El Soto formativo en el yacimiento núm. 6 de Montejo, como los típicos vasos exvasados y fuertemente carenados (Romero 1980: 139-145, figura 1) y quizá en el n.º 7.

Para terminar con la adscripción de La Antipared con el grupo celtibérico, esta mayor presencia de elementos emparentados con El Soto, unida a la mayor generalización de las murallas, así como la existencia de necrópolis desde la primera Edad del Hierro, podría estar indicando unos ciertos rasgos individualizadores de esta comarca occidental de la Celtiberia, que iría desde el centro-este de Burgos hasta el norte de Segovia, y cuyos componentes fronterizos podrían ser ese fuerte amurallamiento y el parentesco con la cerámica de El Soto.

En cuanto al abandono del poblado, la existencia de importaciones de cerámicas a torno con pintura de color vinoso en esta zona, pero no de las cerámicas celtibéricas pintadas, llevó a Sacristán a pensar en una fecha del siglo IV a.C. para este momento final (Sacristán 1986a: 45, 127 y 168; Sacristán 1986b: 213), algo con lo que está de acuerdo Barrio (Barrio 1999a: 149). Hoy en día se consideran estas fechas algo recientes, ya que en el Alto Tajo-Jalón (Arenas 1999: 302-304) y al sur del Duero medio, como se ha constatado en La Mota (Seco y Treceño 1993: 169-170; Seco y Treceño 1995: 224), parece que se deben fechar en el siglo VI a.C. o antes; por ello algunos autores pretenden que no deberían diferenciarse mucho de las del Alto Duero, que hoy por hoy parecen ser algo posteriores (Escudero y Sanz Mínguez 1999: 335 y 339; Barrio 1999a: 236-237). Estas importaciones darán paso de forma paulatina a las cerámicas torneadas locales ya a finales del V e inicios del IV a.C. (Romero y Jimeno 1993: 194-195; Delibes y Romero 1992: 255; Delibes et alii 1995a: 69; Escudero y Sanz Mínguez 1999: 332-334; Lorrio 1997: 274)⁽¹⁰⁾.

(10) Hemos podido constatar las cerámicas torneadas importadas junto a falta de cerámicas torneadas celtibéricas durante la prospección; también se documentaron algunas sigillatas tardías y alguna cerámica pintada medieval de las denominadas *de repoblación* (Bohigas et alii 1991: 126-129).

Estas fechas más antiguas de las cerámicas pintadas concordarían con la falta de cerámicas peinadas en esta zona del Riaza (Sacristán 1986a: 81 y 83), cuando estas cerámicas están constatadas en Roa (Sacristán 1986a: 76-79), Tiermes, con fechas del siglo IV y III a.C. (Altares y Misiego 1992: 551-552) o Ayllón (Martín Valls 1986-87: 66, figura 3; Barrio 1999a: 139⁽¹¹⁾).

Por todo ello, no creemos que el castro de la Antipared alcanzase el siglo IV, si no es en sus inicios. Este abandono no parece que sea algo excepcional tanto en el Alto Duero como en el cercano grupo de El Soto. Así, parece que a partir del IV se abandonan muchos lugares, tanto castros de la serranía (un 30%), como del centro de la provincia de Soria, mientras que por otro lado surgen otros nuevos, como lo han destacado las diferentes prospecciones: un 43% de los asentamientos de la provincia de Soria son de nueva creación, apreciándose una creciente jerarquización de los núcleos de población (Revilla 1985: 343; Borobio 1985: 181; Pascual 1991: 267; Morales 1995: 300; Romero 1991: 369-371; Jimeno y Arlegui 1995: 105-109; Lorrio 1997: 285).

También en los poblados de El Soto, durante el siglo V a.C. se van a dar una serie de cambios fundamentales en su cultura en relación con el proceso de celtización de la Meseta a partir del núcleo originario de la Celtiberia en el Sistema Ibérico, de forma escalonada y hacia el oeste de la Meseta, en el que se difundiría la nueva sociedad gentilicia y guerrera de los celtíberos (Almagro Gorbea 1993: 154-156). Entre estos cambios nos interesa destacar el abandono de poblados, el aumento del tamaño de los que persisten, la existencia de murallas irregulares y la aparición de las primeras necrópolis desde finales del V o principios del IV, sin que ello suponga una ruptura entre El Soto pleno y el mundo vacceo (Delibes et alii 1995a: 88-89 y 91; Sanz Mínguez 1997: 271, 505 y 507).

En definitiva, parece que estaríamos ante un fenómeno generalizado de abandono de poblados en la Meseta central y oriental entre los siglos V y IV a.C. Este fenómeno de concentración de la población, relacionado con el surgimiento de los grandes *oppida*, parece extrapolable a otras regiones peninsulares (Burillo y Ortega 1999: 135). Quizá se trate de un fenómeno que surgió a la vez que la forma de poblamiento en castros, en donde la competencia por el territorio, el control de determinados productos y vías de comunicación desencadenó un tipo de sociedad guerrera con una arquitectura militar importante, que desde el principio está aglutinando comunidades dispersas; dicho proceso parece acelerarse en un momento del finales del siglo V a.C. y principios del siglo IV, por razones aún no bien conocidas, aunque se han barajado distintas hipótesis (Burillo 1998: 204 y San Miguel 1993: 64-65).

A partir de esta época no se encuentran núcleos importantes de la segunda Edad del Hierro en esta zona, aunque Barrio señala en su estudio la existencia de un yacimiento celtibérico en Las Torres, de unas tres hectáreas (Barrio 1999a: 144-148), que

(11) Durante la prospección se recogió un fragmento de cuenco con peine impreso en el yacimiento de Ayllón similar a la forma IV,3 de Las Ruedas y decorado con el motivo decorativo 35 del mismo yacimiento (Sanz Mínguez 1999; figuras 200 y 201).

nosotros identificamos mejor como un *castellum*⁽¹²⁾. Los otros dos yacimientos identificados por él y de los que no presenta material aduciendo que se trata de cerámica a torno muy rodada, son El Mirador y Valugar, del que duda el propio Barrio como yacimiento del Hierro (Barrio 1999a: 149-150); no creemos que éstos se puedan considerar yacimientos celtibéricos, ya que durante la prospección se recogió cerámica visigoda y plenomedieval en los dos, junto a cerámica de Cogotas I en el primero, y a mano sin determinar en el segundo, pero no cerámica celtibérica. Creemos que la continuidad del poblamiento hay que buscarla en el cercano yacimiento de Los Quemados, de unas 14 ha. de superficie y con una potente muralla bien consolidada, en Carabias de Pradales, a algo más de 12 km., que no aparece en el estudio de Barrio.

ADDENDA

El estudio posterior del poblamiento de los valles del los ríos Riaza y Aguijesejo, así como de las estribaciones orientales de la Serrezuela de Pradales, comarcas todas ellas situadas en la zona nordeste de la provincia de Segovia, ha permitido plantear la hipótesis de que los yacimientos que en este trabajo considerábamos como dependientes del castro de La Antipared, pudieran corresponder con una fase previa de transición entre la etapa protoceltibérica y la propiamente celtibérica, ya con castros, del mismo modo que se ha podido definir en la comarca de Molina de Aragón (Martínez Naranjo 1997: 164⁽¹³⁾; Arenas 1999: 178; Id. 1999b: 198⁽¹⁴⁾). Dichos poblados desaparecerían para formar algunos de los grandes castros, de más de tres ha., bien por sinecismo o por absorción por parte de un asentamiento jerarquizador durante la primera parte del periodo Celtibérico Antiguo, o A en algunas terminologías. Por ello, aunque los pequeños poblados en algún momento pudieron depender de este centro jerarquizador, como se desprende del presente trabajo, es más lógico suponer que desaparecerían en los primeros momentos de la formación del castro de La Antipared. Todo ello implica que el proceso de concentración de la población en grandes poblados, que con el tiempo daría lugar a los *oppida* de época tardía, habría comenzado en una época tan temprana como los comienzos de la Primera Edad del Hierro a base de estos pequeños asentamientos, muchos de ellos en llano.

(12) No creemos que sea un yacimiento tan amplio como afirma Barrio, ya que si bien los restos materiales aparecen por una superficie de 3 o más hectáreas, no son muy abundantes y están muy dispersos; esta poca entidad del yacimiento de Las Torres, o MVS-12, unida a su carácter estratégico podría indicar que, al igual que en la Alta Edad Media, cuando se construyó una de las tres fortificaciones que controlaban el valle del Riaza, pudo tratarse de un punto de control dependiente de un núcleo mayor, que nosotros pensamos que podría ser el cercano *oppidum* de Carabias, lo que las fuentes denominan como *castella* o *turres*, y que parecen constatados en otros lugares de la Celtiberia, con superficies entre 1 y 3 hectáreas (Jimeno y Arlegui 1995: 112-113; Lorrio 1997: 71). Asociado a Las Torres se documentó durante la prospección un pequeño yacimiento en la vega (MVS-14), que o bien pudiera ser una necrópolis, o bien simplemente un asentamiento agrario que complementase al *castellum*.

(13) MARTÍNEZ NARANJO, J.P., 1997: "El inicio del poblamiento celtibérico en el interfluvio Alto Jalón-Mesa", *Complutum*, 8, pp.161-182.

(14) ARENAS ESTEBAN, J.A., 1999b: "El inicio de la Edad del Hierro en el sector central del Sistema Ibérico", en J.A. Arenas y M.V. Palacios (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico, Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), pp. 191-212.

BIBLIOGRAFÍA:

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A. 1975: *Comunicaciones de la época romana en la provincia de Burgos*.
- 1978: *Las vías romanas de Clunia, (Excavaciones en Clunia, I)*.
- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A. y GARCÍA ROZAS, R. 1980: *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partido judicial de Salas de los Infantes*.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1993: “Los celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural”, en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, pp. 121-174.
- ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. 1992: “Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro”, en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Madrid, 1989), (*Complutum*, 2-3), pp. 469-500.
- ALTARES LUCENTO, J. y MISIEGO TEJADA, J.C. 1992: “La cerámica con decoración a peine de la necrópolis de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)”, 2.º *Symposium de Arqueología Soriana* (Soria, 1989), pp. 543-557.
- ARANDA MARCO, Á 1990: “Necrópolis celtibéricas en el Bajo Jiloca”, en Burillo, F. (coord.), *II Simposio sobre los celtíberos: Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), pp. 101-110.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. 1999: “Comercio protohistórico: líneas de contacto entre Levante y el Sistema Ibérico”, en F. Burillo Mozota (coord), *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca, 1997), pp. 301-310.
- ARGENTE OLIVER, J.L. 1990: “Las Fíbulas en las necrópolis celtibéricas”, en Burillo, F. (coord.), *II Simposio sobre los celtíberos: Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), pp. 247-266.
- ARGENTE OLIVER, J.L. 1994: *Las Fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental: Valoración tipológica, cronológica y cultural (Excavaciones Arqueológicas en España, 168)*.
- ARGENTE OLIVER, J.L., DÍAZ DÍAZ, A. y BESCÓS CORRAL, A. 1992a: “La necrópolis celtibérica de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)”, *II Symposium de Arqueología Soriana* (Soria, 1989), I, pp. 527-542.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y GARCÍA-SOTO MATEOS, E. 1994: “La estela funeraria en el mundo preclásico en la Península Ibérica”, en de la Casa Martínez, C. (ed.), *V Congreso Internacional de Estelas funerarias* (Soria, 1993), I, pp.77-97.
- BARRIO ÁLVAREZ, Y. DEL, FERNÁNDEZ, S., LÓPEZ AMBITE, F. y REVIEJO, J. [1991]: *Informe del Inventario Arqueológico Provincial de Segovia, 1991*.
- BARRIO MARTÍN, J. 1990: “La necrópolis de la Dehesa de Ayllón (Segovia): Análisis de las fíbulas de doble resorte”, *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*, (Daroca, 1988), pp. 273-278.
- 1993: “Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)”, en Romero, F., Sanz, C. y Escudero, Z. (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*, pp. 173-212.

- 1999a: *La II Edad del Hierro en Segovia (España): Estudio arqueológico del territorio y la cultura material de los pueblos prerromanos*, (BAR International Series 790, 1999).
 - 1999b: “La temprana metalurgia del hierro en la Sierra de Ayllón a partir de los elementos férreos de la necrópolis de La Dehesa (Ayllón, Segovia)”, en F. Burillo Mozota (coord), *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca, 1997), pp. 181-194.
- BLANCO GARCÍA, J.F. 1994: “El castro protohistórico de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21.
- 1995: “Las producciones del alfar vacceo de Cauca (Coca, Segovia)”, *Madridider Mitteilungen*, 39, pp. 121-141.
 - 1999: “Recursos hídricos en los oppida del occidente de la provincia de Segovia: el corredor del Eresma”, en F. Burillo Mozota (coord), *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca, 1997), pp. 81-87.
- BODOQUE DEL POZO, J.M. y CHICHARRO FERNÁNDEZ, E. 1999: *Dinámica y configuración de los sistemas naturales en la Hoz del río Riaza*.
- BOHIGAS, R. et alii 1989: “Las cerámicas medievales no esmaltadas en las provincias de Cantabria, Palencia y Burgos”, en Gutiérrez, J.A. y Bohigas, R. (ed.), *La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica*, pp.113-154.
- BOROBIO SOTO, M.J. 1985: *Carta Arqueológica de Soria: El Campo de Gomara*.
- BURILLO MOZOTA, F. 1998: *Los Celtíberos. Etnias y Estados*.
- BURILLO MOZOTA, F. y ORTEGA ORTEGA, J.M. 1999: “El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de ‘ruptura’”, en J.A. Arenas Esteban y M.V. Palacios Tamayo (coord.), *El origen del mundo celtibérico: Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico* (Daroca, 1998), pp. 123-143.
- CABRÉ DE MORÁN, E. 1990: “Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas”, en Burillo Mozota, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtíberos, Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), pp. 205-224.
- CABRÉ DE MORÁN, E. y MORÁN CABRÉ, J.A. 1977: “Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental”, *Homenaje a García y Bellido*, III (*Revista de la Universidad Complutense*, XXVI, 109), pp. 109-144.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. 1978: “Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico”, *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 279-306.
- 1999: Urbanismo y cultura material en los orígenes de la cultura celtibérica”, en J.A. Arenas Esteban y M.V. Palacios Tamayo (coord.), *El origen del mundo celtibérico: Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico* (Daroca, 1998), pp. 71-80.
- CERDEÑO SERRANO, M.L., GARCÍA HUERTA, R. y ARENAS, J. 1995: “El poblamiento celtibérico en la región del Alto Jalón y Alto Tajo”, *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 157-178.
- CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I. 1993: *Introducción a la arqueología en el cañón del Duratón*.

- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. 1992: "El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Madrid, 1989), (*Complutum*, 2-3), pp. 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C. 1995a: "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio, en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a.C. en el Duero Medio*, pp. 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G. *et alii* 1995c: "El medio ambiente durante el primer milenio a.C. en el Valle del Duero. Consideraciones finales", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a.C. en el Duero Medio*, pp. 543-582.
- DOMINGO VARONA, L. 1982: "Los materiales de la necrópolis de Almaluez (Soria).", *Trabajos de Prehistoria*, 39.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. 1999: "Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al Valle del Duero", en F. Burillo Mozota (coord), *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca, 1997), pp. 323-340.
- FERNÁNDEZ ESTEBAN, S., MARTÍN ESPINOSA, A. y CABALLERO CASADO, C. 2000: "Vías de comunicación romanas en Segovia: la vía XXIV del Itinerario de Antonino", en *Segovia romana*.
- FILLOY NIEVA, I. 1990: "Tahalés y otros elementos de anclaje en la necrópolis celtibérica de La Hoya (La Guardia-Álava)", en Burillo Mozota, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtíberos, Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), pp. 241-246.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. 1990: "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero", en Burillo, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), pp. 13-38.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. y ROSA MUNICIO, R. DE LA 1995: "Consideraciones sobre el poblamiento en la Ribera soriana del Duero, durante la primera Edad del Hierro" en Burillo, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 83-92.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1983: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo en la Sierra de Crevillente (Alicante)*, (*Lucentum*, Anejo I).
- HERAS FERNÁNDEZ, E. 2000: "Aproximación a la evolución del poblamiento en el suroeste de la provincia de Soria durante la Edad de Hierro y la etapa alto imperial", *Soria Arqueológica*, 2, pp. 205-238.
- HEREDERO GARCÍA, R. 1995: "Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a.C. en el Duero Medio*, pp. 247-270.
- IBÁÑEZ GONZÁLEZ, J. 1999: "Evolución de la potencialidad agrotérmica en la Celtiberia durante la Edad del Hierro", en F. Burillo Mozota (coord), *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca, 1997), pp. 11-46.

- JIMENO MARTÍNEZ, A. y ARLEGUI SÁNCHEZ, M. 1995: "El poblamiento en el Alto Duero", en Burillo, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 93-126.
- LÓPEZ AMBITE, F. 2001: "Broches de cinturón", en Argente Oliver. et alii, *Tiernes V, Carratiermes, necrópolis celtibérica*.
- LÓPEZ MONTEVERDE, J. 1958: "Los castros de Lara", *Zephyrus*, IX, pp. 191-199.
- LORRIO ALVARADO, A. 1993: "El armamento de los celtas hispanos", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, pp. 285-326.
- 1994: "La evolución de la panoplia celtibérica", *Madridrer Mitteilungen*, 35, pp. 212-257.
- 1997: *Los Celtíberos*, (Complutum, Extra 7).
- 2000: "Grupos culturales y etnias en la Celtiberia", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 8, pp. 99-180.
- MARTÍN VALLS, R. 1986-87: "La segunda edad del hierro: consideraciones sobre su periodización", *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte* (Salamanca, 1984), (*Zephyrus*, XXXIX-XL), pp. 59-86.
- MORALES HERNÁNDEZ, F. 1995: *Carta Arqueológica de Soria. La Altiplanicie Soriana*.
- MOREDA BLANCO, J. y NUÑO GONZÁLEZ, J. 1990: "Avance al estudio de la necrópolis de la Edad del Hierro de 'El Pradillo'. Pinilla de Trasmonte (Burgos)", en Burillo, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), pp. 171-182.
- PARZINGER, H. y SANZ, R. 1986: "Zum ostmediterranean Ursprung einer Gürtelhaakenform der iberischen Halbinsel", *Madridrer Mitteilungen*, 27, pp. 169-194.
- PASCUAL DIEZ, A.C. 1991: *Carta Arqueológica de Soria: La zona de Quintana Redonda*.
- REVILLA ANDÍA, M.L. 1985: *Carta Arqueológica de Soria: Tierra de Almazán*.
- REVILLA ANDÍA, M.L. y JIMENO MARTÍNEZ, A. 1986-87: "La dualidad de la cultura castreña en la provincia de Soria", *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte* (Salamanca, 1984), (*Zephyrus*, XXXIX-XL), pp. 87-101.
- ROMERO CARNICERO, F. 1980: "Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, pp. 137-153.
- 1991: *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A. 1993: "El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos de Bronce Medio-Final y Primer Hierro", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, pp. 175-222.
- ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJADA, J. 1995a: "La Celtiberia Ulterior: Análisis del substrato", en Burillo, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 59-81.
- ROMERO CARNICERO, F. y RUIZ ZAPATERO, G. 1992: "La Edad del Hierro. Problemas, tendencias y perspectivas", *2º Symposium de Arqueología Soriana* (Soria, 1989), pp. 103-120.

- ROMERO CARNICERO, F. Y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L. 1999: "Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro", en F. Burillo Mozota (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca, 1997), pp. 453-466.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1995: "El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones", *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A.: "Raíces prehistóricas del mundo celtibérico", en J.A. Arenas Esteban y M.V. Palacios Tamayo (coord.), *El origen del mundo celtibérico: Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico* (Daroca, 1998), pp. 21-36.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. 1986a: *La Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*.
- 1986b: "Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LII, pp. 205-213.
- 1989: "Vacíos vacceos", en Burillo Mozota, F. (coord.), *Fronteras. Arqueología espacial*, 13 (Teruel 1989), 77-88.
- 1994: "Clunia", en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, II, pp.135-147.
- 1995: "Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero", en Burillo, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 369-372.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. y RUIZ VÉLEZ, I. 1985: "La Edad del Hierro", en A. Montealegre Duque (dir.), *Historia de Burgos, I, Edad Antigua*, pp. 179-220.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., SAN MIGUEL, L.C., BARRIO, J. y CELIS, J. 1995: "El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero", en Burillo, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), pp. 337-368.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C. 1989: "Aproximación a la territorialidad y la frontera en el occidente vacceo", en Burillo Mozota, F. (coord.), *Fronteras. Arqueología espacial*, 13 (Teruel 1989), 89-110.
- 1993: "El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*, pp. 21-65.
- SANZ MÍNGUEZ, C. 1997: *Los Vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del Valle Medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*.
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F.J. 1993: "La temprana 'iberización' de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de 'La Mota', Medina del Campo (Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*, pp. 133-172.
- 1995: "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: 'La Mota', Medina del Campo (Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Car-

- nicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a.C. en el Duero Medio*, pp. 219-246.
- SCHULTEN, A. 1914: *Numantia*, I.
- SORIA COMBADEIRA, L. y GARCÍA MARTÍNEZ, H. 1996: *Los broches de cinturón de la Edad del Hierro en la provincia de Albacete. Una aproximación a la metalurgia protohistórica*.
- TARACENA AGUIRRE, B. 1933: "Tribus celtibéricas: 'Peledones'", *Homenagem a Martins Sarmiento*, pp. 393-401.
- 1954: "Los pueblos celtibéricos", en Menéndez Pidal, R. (dir.), *Historia de España*, I, 3, pp. 195-299.
- TEJERO DE LA CUESTA, J.M. (dir.) 1988: *Análisis del medio físico. Segovia*.
- WATTENBERG, F. 1959: *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, (*Bibliotheca Praehistorica Hispana*, II).
- ZAMORA CANELLADA, A. 1993: *El castillo de Ayllón (Segovia). Estudio arqueológico e histórico (Estudios Segovianos, XXXIV, 90)*.